

A TODOS LOS HUMANOS DEL PLANETA

En mis 60 años de vida, son muchas las decisiones humanas que encuentro deprimentes, o simplemente ridículas. Desde esta orilla del mundo donde me encuentro, no logro reponerme del trauma de los acontecimientos del 11 septiembre, e, inmerso en un horroroso vahído, no dejo de preguntarme quién es peor, si el hombre o el demonio, o si en realidad el hombre es el mismo demonio.

Siempre me ha sobrecogido el origen de las guerras; ahora, más que nunca, me horroriza el final. Antes, todas me resultaban iguales, siniestras, inventadas para la obtención de poder y riquezas, de una minoría sobre una mayoría, irónicamente. Y es esa, precisamente, la causa de la miseria de los pueblos, para los que todavía no lo entienden.

Todos los grandes imperios se han erigido, evidentemente, a base de subyugar a los pueblos más débiles; unas veces minando su territorio; otras, su economía; y otras, su ideo-

logía y credos religiosos. Si no es así, ¿cómo crece el imperio? Obviamente estos métodos de crecimiento de los imperios, con base en la imposición y el poder, crean el resentimiento en la mayoría de los grupos disidentes. Y ese resentimiento va tomando dimensiones astronómicas, que tiende, tarde o temprano, a ponerse en contra de todas las instituciones y del orden jurídico establecido.

Y no se trata de una profecía, es solo lógica. Ahora las cosas están cambiando: los pequeños se lanzan a hacerles la guerra a los grandes. ¡Qué osadía! Si en la primera modalidad –la del grande sobre los pequeños–, se podía medir una alta dosis de abuso de poder y de ambición, ahora se trata de odio y de venganza.

El movimiento terrorista de todo el mundo alberga a esos grupos de resentidos, inconformes con todas las formas de gobiernos del planeta, apertrechados en una ingente dosis de ira y rencor contra todos los bienes personales e institucionales. Entienden que todo lo que a ellos les falta, desde la felicidad hasta el dinero, se lo han arrebatado los gobiernos y las instituciones privadas, y deben recuperarlo al precio que sea, sin sentir por

ello el más mínimo remordimiento. Más bien sienten orgullo de estar recuperando lo suyo y lo de su clase.

Lo peor de la lucha contra el terrorista es que este no forma trincheras donde pueda poner en juego valor o heroísmo. Su método, como estamos acostumbrados a ver, es el del "palo acechao", sin importarle las vidas humanas que no tienen nada que contar de su rencorosa venganza. ¿Quién puede estar de acuerdo con las acciones terroristas si su blanco es el pueblo inocente? Obviamente, este es un método muy conocido por todos, desde que ha existido en mayor o menor grado.

Lo nuevo en el terrorismo –aunque no tan nuevo, pues ya los japoneses lo habían practicado en la 2da. guerra mundial, aunque en circunstancias muy diferentes– es el suicidio a veces en grupo para lograr grandes objetivos, como los del 11 de septiembre en New York y Washington. Este método de lucha marca una nueva etapa junto a la guerra biológica. Sin embargo, esta tampoco es nueva. Lo nuevo, en realidad, es que hayan golpeado el mismo corazón del imperio, y este solo hecho, que no deja de ser de los más importantes, tiene a todo el mundo enfrentado en sus opiniones. Unos a favor y

sus opiniones. Unos a favor y otros en contra del imperio, aun sin congraciarse con los terroristas. Una tercera facción, abiertamente simpatizante del grupo Al Qaeda, aplaude los hechos terroristas con tanto alborozo, que quedan identificados claramente quiénes son los enemigos del imperio especialmente en la zona asiática.

Naturalmente, nadie con un poco de juicio puede estar de acuerdo con que el terrorismo sea la opción del futuro, para un planeta que ha sufrido tanto y que en sus oraciones siempre evoca esperanzas de paz y bienaventuranzas. Nadie se imagina un mundo regido por radicales seguidores de Mahoma o cualquier otro profeta, donde la mitad de la población, la mujer, no tiene derecho a ver el mundo más que a través de una rejilla. (Solo pensar en mis hijas o mis hermanas bajo este régimen me da escalofríos). Y el hombre tampoco puede ver mas allá de un libro escrito a mediados del milenio pasado, donde el morir tiene más valor que el vivir. Y no menos tenebrosa es la falta de amor, pues para estos intérpretes radicales no existe la tolerancia ni el perdón.

Solo pensar que Osama Ben Laden, líder del grupo Al Qaeda, junto al jefe de los talibanes, el mulá Omar, se proponga como objetivo el exterminio de todos los “infieles” –que para ellos es todo el que no sea musulmán– produce un terror apabullante.

Sin embargo, esto parece más bien un estado de locura, de demencia colectiva. Y al parecer, estos terroristas, en un trance delirante, entienden que quien no está con el imperio, está con ellos; y, por tanto, cuentan con mucho apoyo.

Por desgracia, locos hemos tenido muchos en la historia, y con mucho poder además, como Hitler y Napoleón. Pero, como le sucedería a todo aquel que atentara contra el poder evolutivo natural y social, incluyendo a los imperios, lo que han logrado es perturbar el libre desarrollo de los pueblos, sus libertades y nivel personal, su libre albedrío, pero nunca han logrado empañar aquello que los identifica y los mantiene conectados con el futuro, su buena voluntad.

Por esta razón, invitamos a todos nuestros coterráneos a no temer, a luchar por el futuro, a creer solo en las verdades que nos

dicta la conciencia acerca de un Dios de amor y justicia.

No es verdad que con acciones suicidas van a lograr más que su propio exterminio. Ni siquiera las grandes guerras, como las conocemos, han podido detener el movimiento social. Lo mismo va a ocurrir con la cruel y perversa guerra biológica. Que me perdone el eminente físico inglés Stephen Hokin, la humanidad en su historia ha combatido grandes pandemias, y siempre se repone. Y se repondrá de sus cenizas como el mitológico Ave Fénix. No será necesario que los humanos tengan que huir a refugiarse en el espacio exterior.

Por otro lado, sabemos que todo plan de guerra esconde en su interior algún interés especial, casi siempre económico, y sabemos también que los gastos en solo un día de bombardeos con armas modernas imperiales transforman en escombros y cadáveres tantos millones de dólares que bien pueden solventar la miseria a gran parte de la humanidad.

Estamos seguros de que con el costo económico del odio entre agresores y agredidos, se hubiera podido conjurar el hambre, la

desnudez y la ignorancia de toda la humanidad. ¡Parece una maldición! Pero, para una obra de amor a la humanidad como esta, ¡no se unen los pueblos aliados!

Debemos decir al mundo que vivimos por la paz; y decirlo a través del amor, no de la guerra. En momentos difíciles como este, con toda la humanidad en vilo por el pánico y la desesperación abrazando gran parte de la población, tenemos todos un gran compromiso: el de apaciguar y consolar, pero también corroborar. Luchar con la mejor arma que tenemos: la palabra y la buena fe. Vamos a hablar por la vía que tengamos a nuestro alcance. A todo el que nos rodea, vamos a explicar que la violencia y la venganza son nuestros peores enemigos. Vamos a hablar a nuestros hermanos afectados en alguna forma por los hechos del 11 de septiembre, para que depongan su actitud de enemistad y abran sus corazones al perdón y al amor.

En un acto de esperanza en estos momentos de desesperación, vamos a unirnos en una sola voz y pedir por la mujer, la creadora de humanidades y canalizadora de amor. Por esa alma engañada y marginada, que hoy forman multitudes de esclavas en Afganistán

y en otros países del mundo. Pidamos para que el hombre esclavizador deponga su actitud, y permita que la humanidad siga su curso con la libertad de albedrío que Dios manda.

Vamos a pedir para que el imperio retraiga sus tentáculos succionadores de los países desposeídos, y que deponga su actitud en pro del oro negro como único recurso básico tecnológico, y que permita el paso a otras tecnologías, por el bien de los más débiles.

En fin, vamos a pedir por la autodeterminación asesorada de los pueblos. Para que ninguna nación pueda ir en contra de otra, aunque se trate del imperio. Para que las armas y los ejércitos sean relegados a niveles de mediano orden en cada pueblo, con la consiguiente abolición de toda disciplina militar que no contemple el amor y la tolerancia.

Y por último, pidamos para que sea creado el tribunal mundial que juzgue las desavenencias de las naciones, mas allá de lo nacional y lo imperial.

Y que todo aquel que sienta que en la competencia no pudo cantar el himno de la

victoria, que comience a cantar aquella que no contempla vencidos ni vencedores: la oración del amor.

Por: José D. Gómez P. (CHILLELLO)
Santo Domingo, República Dominicana
Octubre del año 2001